

A M.....

¿Detenerme? ¿Cejar? ¡Vana congoja!
La cabeza no manda al corazón.
Prohíbe al aquilón que alce la hoja,
no á la hoja que ceda al aquilón!

Cuando el torrente por los campos halla
de pronto un dique que le dice: atrás,
podrá saltar ó desquiciar la valla,
pero pararse ó recular. . . . jamás!

¿Por qué te adoro y á tus piés me arrastro?
¿Por qué se obstinan en volverse así
la aguja al norte, el heliotropo al astro,
la llama al cielo y mi esperanza á tí?

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

—
LA LUCHA EN EL BOSQUE.
—

A FLORENCIO SUZARTE.

—“Ven, ven, no temas. De la selva umbría
Conozco los secretos, hija mía.
Ya no vuelvas tu vista á la morada
De esa gente altanera,
Que es más fácil que mires apiadada
La tigre carnícera
Que busca de sus hijos el sustento,
Y no que el blanco escuche enternecido
El angustiado acento
Del negro desgraciado.—Dá al olvido
Nuestra pena de ayer, alza la frente,
Mis cadenas he roto cual los bravos,
Mis cadenas, pues sabe aqueza gente
Hablar de libertad y hacer esclavos.”
Con voz ronca así dice el africano,
Mientras estrecha su convulsa mano

La de su tierna hija, que llorosa
 Sus palabras oía;
 Y hacía el llano furtiva y temerosa
 Mirada dirigía.
 Antes de entrar en el espeso monte
 El negro dice con secreto agravio,
 Mirando al horizonte:
 —“Maldición para tí no hay en mi labio
 Por más que el odio tu conducta inspire,
 Ya te dejo, Brasil, tierra de espinas,
 Pronto seré feliz, en cuanto mire
 Los ombús de las Pampas Argentinas.”
 Entró en el bosque con seguro paso,
 El sol desaparecía en el ocaso,
 Mientras la luna su cendal de plata
 En los blandos cristales
 Del Curitiba con amor desata.
 Las brisas tropicales
 Del bosque llevan el salvaje aroma;
 Se oye al tigre rugir en lontananza,
 Reanuda la paloma
 Su interrumpido sueño de esperanza,
 Y se escuchan los lánguidos rumores
 Conque en las noches el espacio puebla
 El bosque, suspirando sus amores
 Entre el aliento de la tibia niebla.
 Errante cual la arista, cual la pluma,
 Como el ligero copo de la espuma
 Que el huracán arrastra enfurecido,
 Así desconsolados,
 Entre breñas y el rumbo ya perdido,
 Caminan fatigados
 El anciano y la niña. De repente
 Escuchan el rugido pavoroso
 De algún tigre inclemente
 Que sus huellas ha hallado y sigue ansioso,
 Y la sangre se hiela del arciano;
 La virgen se detiene involuntaria,

Que cada vez se escucha más cercano
 El rugir de la bestia sanguinaria.
 —“Esquivar á la fiera no podemos,
 Es preciso luchar, pues bien, luchemos;
 No tiembles, hija mía,
 Que mis manos esgrimen el cuchillo
 Y aun tengo sangre fría.
 Y no es la vez primera en que yo humillo,
 En la lucha del tigre, la bravura.”
 —Déjame y huye, padre,” ella le dice
 Con ansiosa ternura.
 —“No prosigas, por Dios, calla infelice;
 Si tu arranque filial, hija adorable,
 Por mí tu vida en holocausto diera;
 Yo, con mi amor de padre inmensurable,
 ¡Cuántas veces por tí no la perdiera!”
 Ambos sintieron agitarse el alma
 Mirando al pie de corpulenta palma
 Tigre feroz con la cabeza erguida,
 La ancha fauce abierta,
 Y ondulante la cauda, que mecida
 El flanco azota incierta,
 Y contra el tronco de la palma, añoso,
 Flexible el lomo en ondas encorvando
 Se roza voluptuoso,
 Debil maullido en intervalos dando;
 Se detiene por fin y se echa luego,
 Mirando á su contrario indiferente,
 Ya de sus ojos apagando el fuego,
 Ya haciéndolo brillar incandescente.
 —“La muerte es preferible, hija adorada,
 A aquesta incertidumbre prolongada,
 Implacable la fiera nos espía,
 Huir es imposible.....
 Suéltame el brazo ya y en Dios confía,
 Que en la lucha terrible
 El juvenil vigor vuelva á mi mano.”
 Y empuñando el acero, valeroso

Al tigre va el anciano,
Corta una rama, llega cauteloso
Enarca el cuerpo y alza la cabeza,
Provoca al tigre, á combatir lo apura,
Bufa la fiera, ruge con fiereza
Y se estremece el bosque de pavura.

El corazón del negro no se aterra;
El tigre rasca con furor la tierra;
Se levanta, de nuevo provocado,
Se sacudé violento,
Los músculos recoge exasperado,
Tomar parece aliento,
Calcula con la vista la distancia;
El negro se detiene, mira, escucha
Y con noble arrogancia
Está aguardando la terrible lucha.
La niña, orando, póstrase de hinojo,
El padre desafía, el tigre ruge,
El salto dá con indecible arrojo,
Y ruedan hombre y fiera al rudo empuje.

Con nuevo ardor el negro se levanta;
Larga herida presenta en su garganta;
Rabioso el tigre arrástrase en el suelo
Que del negro el cuchillo,
Buscando el corazón, le hirió el brazuelo.
Con sanguinoso brillo
Lucen los ojos de la bestia herida;
Con sus rugidos el espacio llena;
Se vuelve enfurecida,
La espera el negro en actitud serena;
Y así, cual la avalancha irresistible
Cuanto á su paso encuentra va arrastrando,
El tigre vuelve á combatir terrible,
Y juntos hombre y fiera van rodando.

El pecho tiene el negro desgarrado,
La fiera otro brazuelo destrozado;
Y no cejan un punto en su porfía;
Frenéticos combaten;

La rabia, la venganza y la osadía
Dentro sus pechos laten.
Con su peso la fiera ya sofoca *
Al negro, que sus armas ha perdido,
Y con audacia loca
Detiene al tigre por el cuello asido;
Y la fiera le abrasa con su aliento,
Con su sangrienta espuma ya le baña,
Y mayor es del negro el ardimiento
Cuanto mayor de su rival la zaña.

El furor de la bestia crece y crece,
El indefenso negro desfallece:
Su ronco respirar se escucha apenas,
Lanza un gemido ahogado
Y débil se debate entre la arena.
En tanto, despiadado,
Abriendo la ancha fauce, se prepara
A devorarle el tigre carnicero.....
La niña lo repara:
Con heroico valor toma el acero.
—“Huye! suspira el padre, hija querida”.....
Ella vibra el cuchillo, airada hiere,
Y en su rabia la bestia ya vencida
Se revuelca en su sangre y ruge y muere.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

A SALVADOR DIAZ MIRON.

Tienes en tu laúd cuerdas de oro
 Que el soplo del espíritu estremece,
 Y tu genio, como alto sicomoro,
 Entre borrascas y huracanes crece.
 No te brinda la musa sus favores
 Entre mirtos y rojas amapolas:
 Cuando quieres gozar de sus amores,
 La acechas, la sorprendes y la violas.
 Tu verso no es el sonrosado efebo
 Que en la caliente alcoba se afemina:
 Vigoroso como Hércules mancebo,
 Acomete, conquista y extermina.
 El mar es como tú: con su ruido
 De tus estrofas la cadencia iguala;
 Refleja el cielo cuando está dormido,
 Y en sus momentos de furor, lo escala.

JOSE MONROY.

INFIDELIDAD.

A SALVADOR DIAZ MIRON.

Dicen que un fiel amigo á su maestro
 Por tres veces negó,
 Y que allá en el peligro, siendo diestro,
 Negando se salvó.
 Yo, pescador del bien iré, contigo,
 Tu huella seguiré,
 Y en medio de la luz como un amigo
 Jamás te negaré.

ANTONIO ZARAGOZA.

RIMAS.

Mientras la lumbre ardiente
Dura en el incensario, el humo denso
Del perfumado incienso
Se levanta á la altura lentamente.

Pero si al fin el fuego se consume,
Al punto mismo extingüese el perfume.

Mientras amor al corazón enciende,
La poesía, aroma de idealismo,
En purísimas nubes se desprende,
Llegando al cielo mismo.

Mas cuando el fuego del amor se agota
El aroma del alma ya no brota.

Encadenado á la aflicción me veo,
Me són la dicha y la ilusión extrañas:
El dolor, como el buitre á Prometéo,
Me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida,
Sufriendo mi horroroso desencanto;
Tengo el alma de lágrimas henchida
Y no me queda ni el placer del llanto.
Yo sé hasta donde la desdicha alcanza;
He caído del cielo en un instante;
Yo sé cómo se pierde la esperanza;
Yo vengo del infierno, como el Dante.

¡Tan bella, tan amada,
Y sujeta del mundo á los rigores!
¡Pobre azucena mía, marchitada
Por el rudo huracán de los dolores!
Te ví llena de júbilo, hechicera
Con tu gracia infinita;
Pronto pasó tu hermosa primavera,
Llegó el invierno y te dejó marchita.
Si vieras cuantas lágrimas me arrañea,
En mi hondo desconsuelo,
Ver á mi pobre flor, mi flor tan blanca,
Rodando deshojada por el suelo!

JUAN DE DIOS PEZA.

HEROISMO MEXICANO.

A MI AMIGO
EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados y adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor són lo mismo.
Han los antiguos conventos
En prisiones convertido,

Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos
El fin de su causa esperan
Con los ánimos tranquilos.

Queda entre los generales
Uno anciano y aguerrido,
De la bandera triunfante,
Duro y tenaz enemigo,
Arrojado en la campaña,
Inteligente, instruido,
Incansable conspirando,
Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
Le han su sentencia leído,
Y despues de que la escucha
No queda turbado y lívido,
Sino que amable y sereno,
De su triste fin convicto,
Llama al jefe que custodia
La prisión do está cautivo *
Y con voz firme le dice:
—Coronel, yo necesito
Mi conciencia y mis negocios
De prisa arreglar hoy mismo;
Podeis para tal objeto
Llamar aquí, y os lo pido,

* El ex-convento de Capuchinas, en Querétaro.

Un abogado y un cura
Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven
De antecedentes muy limpios;
Tan bravo como arrogante,
Tan discreto como altivo,
Vástago de ilustre jefe
En ruda campaña herido;
Lo conoció el prisionero
Años atrás, siendo niño,
Y allí, su acento escuchando
En aquel instante crítico
Fija sereno sus ojos
En el general cautivo,
Y de esta suerte responde:

—“Sin ser de vuestro partido,
Os conozco y os respeto
Por pundonoroso y digno.
Yo venero en todas partes
A los soldados antiguos,
Y si són de vuestro temple,
En su palabra confío.
Sabeis que os han sentenciado
A muerte; lo habeis oído,
Y necesitais dos hombres
Para dejar todo listo.
No seré yo quien los llame:
Id á buscarlos vos mismo,
Y volved, que aquí os espero;

Libre estais, yo lo permito.”
Quedó el prisionero atónito,
Y de sus ojos el brillo
Aumentóse con dos lágrimas
Brotadas de lo más íntimo.
Salió despues, con asombro
De centinelas y esbirros,
Y cuantos salir le vieron
Murmuraron del permiso.
Pasáronse muchas horas,
Horas largas como siglos,
Y por fin con voz sonora
El campanario vecino
Anunció la media noche:
—“Ya no vuelve,” alguno dijo,
Y el coronel respondióle:
“Volverá, que yo lo fío,
Y si no vuelve yo quedo
En su lugar, y es lo mismo.”

A poco suenan tres golpes,
Tras ellos resuena el grito
Del “quien vive?” al que contestan:
“Yo, Severo del Castillo.”

Era el jefe prisionero
Que, siempre valiente y digno,
Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo.
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 6975 MONTERREY, MEXICO

Y retiróse á su celda
 Ni consternado ni tímido.
 ¿Cual de los dos es más grande?
 ¿Cual de los dos? no lo digo;
 Dígalo aquel que conozca,
 Que rasgos como el que pinto
 Puede envidiarlos Esparta
 Y otro Homero describirlos.
 Vive el que joven entonces
 Dió al prisionero permiso:
 Aún le sirve á la bandera
 A que Juárez le dió brillo,
 Y como entonces mantiene
 Su modesto nombre limpio:
 El general Cárlos Fuero,
 Honrado, valiente y digno.
 No me culpeis si viviendo
 Tan altos hechos publico:
 Es por gloria de esta tierra
 Que adoro amante y rendido;
 Es por gloria de las armas
 Que á la libertad dán brillo,
 Y es por honrar á los muertos,
 Enalteciendo á los vivos.

FRANCISCO DE CASTRO.

JUNTO AL RIO.

Pálidas brumas que tendéis flotantes,
 Blanco crespón en su gentil ribera,
 Auras sonoras del Abril florido,
 Tardes serenas;

Aves que alegres entonais canciones,
 Nidos formando en la apacible selva,
 Zéfiros suaves que pasáis gimiendo,
 Brisas ligeras;

Suaves tendiendo vuestras leves alas
 Sobre las ondas de su linfa tersa,
 Dadle mi amor, y mis suspiros dadle,
 Dadle mis quejas!

.....

Rio, cuyas aguas cristalinas fueron
 Mudos testigos de mi edad primera,
 ¡Cuántos recuerdos al mirarte, en mi alma
 Triste despiertas!

Tú suavemente murmurando corres
 Lechos cruzando de apacible arena,
 Y hay en tus ondas de cristal y espuma
 Lánguidas quejas.

Juncos erguidos de flexible caña
 Cubren tu borde y tu corriente cercan,
 Y auras errantes con tus ondas puras
 Plácidas juegan.

¡Oh, cuántas veces á la fresca orilla
 Que las espumas de tu linfa besan
 Vino mi madre á contemplar tus ondas,
 Viéndose en ellas!

Cuántas tambien bajo las verdes palmas
 Que presurosa tu corriente riega,
 Vino, mezclando con tu arrullo suave
 Débiles quejas!

Y hoy que doliente y murmurando corres
 Lejos, muy lejos de su imagen bella,
 Dime..... ¿con tierno y sosegado arrullo
 Lloras su ausencia?

Río cuyas ondas contemplar pudieron
 Cándido el rostro de mi madre tierna,
 Ya que hoy no puedes retratar su imagen,
 Háblame de ella.

1879.

VICENTE DANIEL LLORENTE.

A.....

Al despedirse la Primavera,
 Tambien tu labio me dijo adiós:
 Nunca más triste cayó el invierno
 Sobre el sepulcro del corazón.

* * *

Hoy, olvidando muertos desvíos,
 Nuestras dos almas vuélvense á hablar;
 Tendrás, oh niña, versos y flores,
 Pero el cariño de ayer.....¡jamás!

A AGUSTIN F. CUENCA.

(HOMENAJE.)

La lira mexicana
 Tuvo, en tu eterna ausencia, un triste acento.
 ¡Bardo de musa fácil y galana!
 ¡Tribuno popular de gran aliento!
 ¡Obrero de la fe republicana!
 Aún el mismo rencor..... rencor abierto
 En instantes de lucha, ante tu fosa,
 Al saludar la magestad del muerto,
 Vertió una frase justa y cariñosa.
 Ay! todos te han sentido;
 Y como Acuña, el de inmortal memoria!
 Se salvó del infierno del olvido,
 Tú también te salvaste; que ha crecido
 En tu sepulcro el lauro de la gloria.

.....

 ¡Oh, poeta sonoro
 De rico plectro y de lenguaje de oro!
 ¡Trovero de las noches misteriosas
 Coronadas de estrellas!

Dulces eran tus cántigas..... hermosas
 Como sueños de amor..... así de bellas!
 De ardiente inspiración un oceano
 En tu cerebro poderoso hervía.....
 ¿Quién no admiró lo espléndido y galano
 De tu numen, raudal de poesía,
 Brillante como el sol americano?
 ¿Y quién, osado, medirá tu vuelo,
 Aunque las alas de sus sueños abra?
 ¿Quién hará lo que al fin logró tu anhelo?
 ¡Robar la luz crepuscular al cielo
 Para vestir con ella la palabra!

.....

 ¿Qué vale mi cantar? No necesitas
 Que mi laud sombrío
 De tristes notas y perennes cuitas,
 Te rinda su homenaje, hermano mío!
 Tu fama está más alta que los Andes.
 (No de mezquino adulador me tildes;)
 Justo es que un premio al porvenir demandes,
 Tú, que fuiste soberbio con los grandes,
 Y todo corazón con los humildes.

LUIS G. RUBIN.

HISTORIA DE AMOR.

I

Mira, madre, cuán hermosa
Es la noche silenciosa;
Todo es calma en derredor.
Hoy me parecen más bellas
En el cielo las estrellas,
La luna con su fulgor.

.....
¡Que sentidas, dulces quejas!
Sin duda al pie de mis rejas
Está el nocturno cantor.....
¿Oyes? su labio me nombra!
Y que lo sepa me asombra:
¡Ay, madre!.....turbada estoy.

—¡Ilusión, locura vana!
No abras, niña, tu ventana;
No la abras, hija, por Dios:
Que esas notas gemidoras,
Al llegar aquí traidoras,
Són veneno matador.

II

Goze mucho, y.....tengo miedo;
Pero, madre, yo no puedo
Huir su fascinación.
Es dulce este que derramo
Tierno llanto, porque le amo
Con todo mi corazón!

—¡Ay! hija, te lo decía;
Ya no hay remedio, hija mía,
Este bien me lo sé yo.
Ya que perdiste la calma,
Dios quiera no llegue tu alma
A desgarrar el dolor.

III

¡Madre! que horrible mudanza!
Ya no me queda esperanza;
¡Muertas honra y dicha están!
Me condenó al abandono;
Más aún le amo.....le perdono,
Y.....¡no le puedo olvidar!

—¡Ah! no són las dichas largas!
 Ven.....tus lágrimas amargas
 Sobre mi seno caerán,
 Aunque el dolor me taladre;
 Ven, hija, yo soy tu madre,
 Y no te he de abandonar.

LUIS G. ORTIZ.

HEBERTO.

Poco lejana de París vivía
 En casa humilde, mas de honor dechado,
 Miserable anciana que perdido había
 Su esposo fiel, intrépido soldado.
 Como defensa en su dolor tenía
 Un hijo bello, del esposo amado
 Vivo recuerdo, en el variable suelo
 Único apóyo y fuente de consuelo.

Bello era Heberto, altiva su cabeza,
 Correctas formas y mirada ardiente;
 Mas leve sombra de letal tristeza
 Su faz velaba de expresión doliente;
 Aumentaban su noble gentileza
 Rubios cabellos sobre la ancha frente,
 Los labios frescos y en extremo rojos,
 Color del cielo los rasgados ojos.

Una mañana que en Oriente apenas
 Su disco el sol magnífico asomaba,
 Agobiado el mancebo por sus penas,
 Así á la anciana cariñosa hablaba:

—“Siento correr ¡oh madre! por mis venas
De gloria el fuego; mas en tí pensaba,
Pues aunque gloria y porvenir anhelo,
Temo dejarte en soledad y duelo.

“Bella es la senda que mi padre un día
Cruzó, cuando de gloria coronado
Por su rey y su patria combatía,
Y siempre con honor, siempre esforzado.
Concédeme que parta, madre mía,
Quiero gozar la vida del soldado,
Que de mi caro padre la memoria
Me inspira sed de revivir su gloria.

“Voy á París, el filo de mi espada
Me dará nombre y venturosa suerte,
Y si en la fiera lucha, encarnizada,
No corta mi existir la cruda muerte,
Tu seno buscaré, madre adorada,
Y mi nombre y laurel vendré á ofrecerte.”—
Así de hinojos el doncel la dice,
Y llorando, la madre le bendice.

El fiel ministro Marigní, que es fama
Que el *Justo* le llamaron, bondadoso
Al huérfano acogió, y al ver que inflama
La sed de gloria al joven animoso,
A la guardia del rey presto le llama.
Henchido de placer y venturoso
La espada cife que blandió su padre,
Y la nueva feliz manda á la madre.

Con el ministro en soledad vivía
Y huérfana también, pero hechicera,
Joven hermosa que perdido había
A su padre infeliz, que pereciera
Cuando del rey el trono defendía
Cubierto de laurel en su carrera.
Bondadoso el ministro la adoraba,
Y ella de padre el título le daba.

Blanca llamaban á la joven bella,
Y era blanca en verdad como la nieve
Que allá en la cima del volcán descuella;
Pura azucena que la brisa mueve
En el verde jardín; lánguida estrella
Que lanza al mundo su reflejo leve;
Angel que deja la región del cielo
Y viene sólo para amar al suelo.

En un jardín donde al cruzar hermosa
La dulce primavera con sus flores
Arrojó la guirnalda, que olorosa
Embriagaba á los dulces ruiseñores,
La virgen paseaba silenciosa
Como visión fantástica de amores;
Profusamente sobre el blanco cuello
Vagaba descuidado su cabello.

Sobre la orilla de tranquila fuente
Que retrataba el azulado cielo,
Sentóse Blanca con la faz doliente,
Regando con sus lágrimas el suelo:
Lloraba su orfandad, y allá en Oriente,
De la noche rompiendo el denso velo,
Envidiosa mirábala la aurora
Al ver que aljófar su pupila llora.

Y al eco de un suspiro á sus pies mira,
Llenos también de lágrimas los ojos,
Al joven seductor por quien delira,
Que ante ella con afán puesto de hinojos,
Tímido, apenas de emoción respira,
Y temiendo de Blanca los enojos,
“Perdona, dice, si á tu triste lianto
Viene á juntar Heberto su quebranto.

“Huérfano también soy, sólo en el mundo,
Sin porvenir, sin nombre, sin fortuna;
Al brotar mi existir del polvo inmundo,
Un genio malhechor meció mi cuna.

Sólo escuché de mi dolor profundo
El eco aterrador, y de una en una
Ví de mi juventud las tiernas flores
Inclinarse y morir ya sin colores.

"Más despues te miré, y aquí en el alma
Tu imagen se grabó cándida y pura,
Y de la noche en la profunda calma,
Hermosa cual la estrella que fulgura,
Gentil como en desierto altiva palma,
Vagaba en mis ensueños tu hermosura,
Y despertaba tras la noche umbría
Tu imagen viendo al resplandor del día."

La virgen suspiró; lágrima ardiente
Suroó la tierna y pálida mejilla,
Y con la voz cortada y balbuciente,
Le dijo así con expresión sencilla:
"Fiero dolor el corazón presente,
Lúgubre el porvenir, lánguido brilla.....
Más ¿qué importa que el labio calle incierto,
Si grita el corazón que te amo, Heberto?"

Y el aura suspiró, y en la enramada
La tórtola sus cantos repetía,
Y en su trono de nacar reclinada
La Inocencia de gozo sonreía,
Y con la blanca mano delicada
Sus lágrimas preciosas recogía,
Cual ricas perlas de belleza extrema
Para adornar con ellas su diadema.

Horas dichosas, que el dolor no pudo
Interrumpir con su letal veneno,
Pasaron juntos en amante nudo
Blanca feliz, el joven en su seno.
De la virtud bajo el brillante escudo
Se deslizaba su existir sereno,
Juntos estaban al nacer el día,
Juntos cuando la luna aparecía.

Una tarde en que el sol iba llegando
Adonde de su luz cesa el imperio,
Los nuevos rayos de su luz juntando
Para ir á iluminar otro hemisferio,
Y la noche sus velos desplegando,
Las puertas entreabría del misterio,
Próximo al Louvre Heberto discurría,
Y en pensar en su amor se entretenía.

Y cerca de él, como visión de duelo,
Cruza una dama de figura bella,
Cubierto el rostro con tupido velo,
Dejando apenas de su curso huella.
Mírala el joven con galante celo,
Fija amoroso su mirada en ella,
E inconstante olvidando á Blanca hermosa,
Contempla á la velada misteriosa.

Ella, tranquila, se acercó al soldado
Y así le dijo con acento ardiente:
—Si cual eres galán y enamorado
Eres tambien intrépido y valiente,
Toma este anillo, y cuando ya sonado
Hayan las ocho, sin temor ni gente,
Del Sena undoso en la apartada orilla
Aguarda una señal y una barquilla.

Luego desapareció; y el inconstante,
Olvidando el amor de un angel puro,
Fuése á vestir un traje deslumbrante
Para entregarse á su placer impuro.
Pensativo vagaba el nuevo amante,
Cuando miró, cual mágico conjuro,
Seguido de la plebe un agorero
Pálido, misterioso y altanero.

Como su negra barba que bajaba
En rizos mil llegando á la cintura,
Fatídico era el saco que formaba
Del adivinador la vestidura.

Sonrióse Heberto, que en amor soñaba,
Al ver la extraña y sin igual figura;
Mas detúvose al paso en su camino
El misterioso y pálido adivino.

Atento examinó con raro empeño
La diestra mano del doncel amante,
Que con aire pacífico y risueño
Miraba al silencioso nigromante.
Más luego el sabio, con horrible ceño,
Le dijo así con tono penetrante:
"Goza hoy de tu placer, pues ten por cierto
Que mañana, señor, estarás muerto."

El soldado tembló con la sentencia,
Mas pronto, disipando sus temores,
Dejó del nigromante la presencia
Pensando en dicha, en ilusión y amores:
"Y si sólo me resta de existencia,
Dijo, breves momentos voladores,
Y mi fin anunció mi aciaga estrella,
Quiero morir en brazos de mi bella....."

Aun resonaba el último sonido
De la hora de la cita, y ya á la orilla
Un hombre se miraba entretenido
A un árbol sujetando su barquilla.
Al eco inesperado de un silbido
El rostro vuelve y su mirada brilla;
Muestra Heberto el anillo, y luego entrando
En la barca, se aleja y va cantando.

Bogan ligeros, y en la densa sombra
Divisa Heberto la elevada torre
De Nesle, á cuyo pie sirve de alfombra
El ancho Sena que agitado corre.
Nada al mancebo valeroso asombra,
No hay quien osado sus designios borre,
Que lleno de placer ve la morada
Donde debe encontrar á la enlutada.

.....

Sobre un cojín de púrpura luciente,
Voluptuosa beldad de formas bellas,
Reclinada se mira muellemente
Ostentando por ojos dos estrellas.
Quiere ocultar la gasa trasparente,
Las formas puras, mas, lascivas ellas,
Se dejan ver como las claras linfas
Los delicados miembros de las ninfas.

No más hermosa y hechicera un hada
Sobre lecho rural de gayas flores,
Reposa en la pradera sosegada
Al suspirar los dulces ruiseñores:
Ni más hermosa en soledad callada
La nereida se aduerme en los calores,
Soñando sus venturas inocentes
Al murmurar de cristalinas fuentes.

La parte superior del rostro hermoso,
Mascarilla mendaz de crespón leve
Oculto tiene, y negro y vagaroso
Sobre el mórbido seno, que es de nieve,
Baja el fino cabello, que oloroso
Un cándido jazmín sujeta aleve,
Triste tal vez sufriendo los agravios
De las rojas mejillas y los labios.

Cuando al joven miró que bello estaba
Con la pasión en el semblante impresa,
Un grito dió que acaso la arrancaba
La admiración, la pena ó la sorpresa.
En éxtasis la bella le miraba,
Y una mano tendiéndole que él besa,
«Qué hermoso eres», le dice, y en sus brazos
Hace preso al doncel con dulces lazos.

«Permíteme, mujer, miren mis ojos
Sólo un momento el seductor semblante»,
La dijo Heberto, y á sus pies de hinojos
Se arroja tierno el venturoso amante,

Ella le estampa con sus labios rojos
 Osculo ardiente, y mirale un instante:
 «No intentes conocerme,» le responde,
 «Goza.» y el rostro cuidadosa esconde.

De la noche las horas se pasaron
 En voluptuoso amor... mas los acentos
 De un lejano vigía se escucharon
 Que remedaban los fugaces vientos,
 Cuando *las tres en punto* pregonaron.
 Y en bóvedas y en vastos pavimentos
 Los ecos repitieron en conjunto,
 Lúgubres á la vez: ¡*las tres en punto!*

La dama se levanta con espanto
 Al escuchar las horas: con tristeza
 «Tan pronto!» exclama, y con mortal quebranto
 Inclina sobre el seno la cabeza.
 Duerme el doncel pacífico entre tanto;
 Muda contempla su sin par belleza,
 Siente su corazón roto en pedazos
 Y se arroja de Heberto entre los brazos.

Escúchanse á la puerta tres palmadas,
 Y un beso imprime á su dormido amante;
 Deja el lecho y en puertas excusadas
 Desparece ligera en un instante.
 Despiértase el doncel, y mira alzadas
 Las armas homicidas, y delante
 Dos terribles verdugos; mas en vano
 Busca la espada su robusta mano.

Un momento despues, pálido, yerto,
 Desencajado el rostro por la pena,
 En su sangre bañado y casi muerto,
 Fieros le arrojan al undoso Sena.
 Despues, con el semblante descubierto,
 Con lento paso y con la faz serena,
 Se mira una mujer, que aunque es hermosa,
 Tiene del tigre la mirada odiosa.

“—¿Se concluyó?” pregunta. “Está en el río,”
 Contestan los verdugos, que enjugando
 Están el hierro, y con furor impío
 La roja sangre alevos contemplando.
 “¡Lástima de doncel! ¡belleza y brío!”
 Murmura Margarita, y suspirando,
 Vuelve del Louvre á su brillante estancia
 La altiva reina de Borgoña y Francia.

La aurora apenas el lejano Oriente
 Con sus tintas de rosa iluminaba,
 Y á orillas de la plácida corriente
 El cuerpo de un soldado se miraba.
 Una mujer, tan bella cual doliente,
 Sobre el cadáver mísera lloraba;
 Era Blanca Ménier; su labio yerto
 La muerte implora por seguir á Heberto.